EN PUNTO

principio del siglo XIX, Treitschke le declaró «digno compañero de armas» del propio Lutero y le proclamó «teutón honorario»: fue libro de texto del romanticismo alemán, y de ahí se deriva la idea de que sus frases pudieron inspirar a Hitler... Cada uno lleva su Maquiavelo dentro, cada uno refleja el Maquiavelo que quiere.

¿Cuál es el verdadero Maquiavelo? Un hombre que nació pobre en una tierra de castas, en una Italia dividida y subdividida en pequeños feudos, con familias predominantes a turnos, con fronteras tan cambiantes que es imposible hablar de ellas sin escribir un grueso volumen. Hay biógrafos que dicen que era hijo ilegítimo; otros añaden que, probablemente, era hijo de un criminal... Probablemente estos condicionamientos sociales de nacimiento impidieron que el talento natural que parecía apuntar en él para el comercio, la pequeña industria y los oficios políticos dieran todo el resultado normal. Salarios bajos, oficios diplomáticos que iban desde las misiones y Embajadas hasta ciertos encargos de tercería. Responsabilidad sin poder, que debían llevarle a la cárcel de los Médicis y la fina tortura florentina renacentista, y luego a la libertad, también de una manera muy renacentista: un Médicis había leído sus poemas y decidió que tan fino escritor lírico no debía tener su puesto en la cárcel. Y otra vez la pobreza, casi la miseria. Durante quince años, hasta que al final, tras el misterio de la píldora de áloe, llega la muerte con dolores intestinales, y un leve epitafio de su nieto. Cuando algunos le indicaron que no debía enterrarle en la capilla de la Santa Cruz, que estaba abandonada —desapareció poco después y no ha habido luego rastros de la tumba—, su nieto Nicolo dijo: «Dejadlo así. Allí hay ya muchos muertos, y mi abuelo era gran amigo de la conversación. Cuantos más muertos le hagan compañía, más contento estará».

Detrás, una obra no muy voluminosa, pero cargada de sugerencias. Ya lo hemos visto: sus intérpretes no se ponen de acuerdo, ya no hay forma de saber, ni aun leyéndolo —porque ya no se puede leer con pureza, con inocencia—, si «El príncipe» es un compendio de astucia o un ejercicio de nobleza, si sólo es válido aplicado a su tiempo o si tiene una trascendencia mayor. El profesor Gaetano Mosca atribuye esta capacidad de la doctrina de Maquiavelo para adaptarse al recipiente que la contiene, a «la impasibilidad y a la frialdad con la que Maquiavelo describe una multitud de miserias del alma humana, y al valor con que ha sabido poner en evidencia, sin dudas y sin eufemismos, las faltas y defectos, tanto de los grandes como de los humildes, tanto del pueblo como de las clases que participan más directamente en la vida política».

Vietnam

LOS COMBATIENTES TAQUIGRAFOS

En Vietnam, los soldados americanos están casi tan cansados de los montones de papel con que tienen que enfrentarse cada día como de la guerra propiamente dicha. Muchos jefes, que han llevado sin titubear a sus hombres al combate, se desmoralizan ante las onerosas tareas burocráticas que les impone el cuartel general.

«Los generales y coroneles están tan ocupados en leer y escribir informes y celebrar reuniones —declaró el senador Stephen Young al volver del Vietnam— que nueve de cada diez GI's no son sino prisioneros de las máquinas de escribir o de las fotocopiadoras».

El número de soldados empleados en estos menesteres aumenta constantemente. Al darse cuenta de que más de un soldado de cada cinco no va nunca al combate, el general Abrams está haciendo todo lo posible por luchar contra la todopoderosa burocracia y pidiendo que se retire de las zonas de combate a todos aquellos soldados que no participan de manera activa en la guerra. Por cada oficial que manda una unidad de combate, otros diez están ocupados en redactar informes, hacer análisis estratégicos y establecer estadísticas para el Pentágono: son, naturalmente, los más astutos, los más cultivados y los que cuentan con la simpatía de sus superiores.

Medicina

EL CANCER, ¿UN VIRUS?

Un especialista soviético del cáncer parece haber establecido, por primera vez, que el cáncer tiene su origen en un virus. Si su informe se comprueba, se habrá dado un paso inmenso en la lucha contra la terrible enfermedad. El doctor Boris Lapin, del Instituto de Terapia y Patología Experimental de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, ha presentado en Estados Unidos un informe, cuyo autor es L. A. Yakoleva —del mismo Instituto—, según el cual ha conseguido que unos monos inoculados con material procedente de leucemia humana desarrollen esta misma enfermedad. La leucemia, como se sabe, es una forma de cáncer que afecta a la sangre. Si la leucemia humana se contagiase a los monos por inoculación, sería una prueba de que es producida por un virus, de donde se desprendería que todas las formas de cáncer tendrían el mismo origen. En los Estados Unidos se ha intentado muchas veces esta inoculación, sin ningún éxito. Los profesores soviéticos han utilizado para su experimentación babuinos hembras en estado de gestación. Pero prudentemente se abstienen de asegurar que la enfermedad provocada sea leucemia, sino «aparentemente leucemia» o similar a la leucemia. En su informe añaden que en la sangre de los animales enfermos se han encontrado virus del tipo llamado «C», que es uno de los principales sospechosos de causar la leucemia humana.

Como en un espejo

LA GUERRA EN EL EXTERIOR

Llegado muy tarde a pantallas españolas, el cine de Bergman ha experimentado en ellas suerte muy irregular. Al gran éxito de «El séptimo sello» y, sobre todo, de «El manantial de la doncella» —éste, evidentemente, debido a razones extracinematográficas, como tantos actuales de las salas de arte y ensayo— sucedieron los mucho más mitigados de «El rostro» o «Como en un espejo», exhibido este último film en una copia lamentablemente adulterada que lo hacía poco menos que incomprensible. Inédito aún, y parece que irremisiblemente, «El silencio», el «boom» Bergman parecía terminado entre nosotros cuando, al amparo de la nueva modalidad de exhibición aludida más arriba, surgieron, sin orden ni concierto, obras de años atrás que, por una u otra razón —casi siempre por la misma, la censura—, habían quedado fuera de los circuitos ordinarios. Lo mejor y lo peor se dieron cita, indiscriminadamente. Bergman, autor «de moda» un día, dejó de serlo.

Acaba de estrenarse ahora «La vergüenza», fuera del «ghetto cultural». El film había sido presentado, como varios de su autor, en la Semana de Valladolid, donde obtuvo el máximo galardón, al estar fuera de concurso «La vía láctea», de Buñuel. Llega a las pantallas comerciales doblado y con ciertas supresiones en la escena inicial. Se trata, en cualquier caso, de una de las más importantes obras de su autor, que hace el número treinta de su fil- →

Max von Sydow, Liv Ullman y Gunnar Björnstrand durante el rodaje de «La vergüenza».